

HOMILÍA

Domingo XXXII del tiempo ordinario. Ciclo C

Lc 20, 27-38

a. Contexto

Para volver a insistir en la relación de la homilía con la Biblia, puede ser bueno recordar, hermano, hermana, que esta reflexión en la que me acompañas cada semana está hecha para ti.

No se puede trasladar sin más a tus destinatarios (¡qué palabra más fría, ¿verdad...?!). O sea, que la tarea del predicador es acomodar el mensaje bíblico a los oyentes, a la comunidad a la que anuncia.

Si para eso te valen estas ideas, me daré por satisfecho, aunque sólo tomes una de ellas, o incluso te valgan para saber lo que no debes decir a tu comunidad: ¡eso ya sería un buen servicio por mi parte!

Bueno, pues ahí va un par de observaciones acerca de lo que te digo. En primer lugar, ya sabes que el texto bíblico está vivo, pervive en la comunidad cristiana que lo celebra como Palabra de Dios.

Esto quiere decir que la exégesis que se hace-de la que yo participo todas las semanas-es la primera palabra, el primer acercamiento al texto sagrado con garantías de acertar, pero que no es el único acercamiento.

Más bien es el de base, el primero, ¿vale? Porque la Palabra de Dios escrita encierra un sentido posterior además, el llamado sentido espiritual, y otro más, el sentido pleno (de los que te he hablado otras veces).

Además, encuentra un sentido distinto de resonancia en cada comunidad donde se proclama. Sin traicionar, partiendo de la exégesis, que está a la base, para evitar subjetivismo en el trato de la Escritura.

Por eso, tener en cuenta el punto de vista del autor debe ir acompañado también de las perspectivas del lector, de la comunidad que celebra la Palabra, ya que el mensaje bíblico siempre es para los hombres.

Éstos han de tener algo que decir en su comprensión y vivencia, ¿no? Vale por hoy, hasta otro día. De momento, habrá que acercarse al texto evangélico que nos presenta la liturgia dominical.

Estamos finalizando el evangelio lucano, en estos últimos domingos del año cristiano. El pasaje de Lucas sobre la resurrección de los muertos evoca las discusiones entre fariseos y saduceos acerca del tema.

Éstos últimos, de clase conservadora, acomodados y amigos de los romanos, eran reticentes a aceptar la resurrección individual, tema casi exclusivo del último judaísmo, en línea profética o sapiencial, u oral.

Los fariseos, en cambio, innovadores, aceptaban la resurrección, basándose en pasajes como Dn 12, 1-3, o 2Mac 7, 1, perícopas de Libros del A.T. recientes, es decir, de los 2 siglos anteriores a la era cristiana.

El evangelista presenta la discusión de ambos grupos, poniendo en boca de los saduceos argumentos forzados (tal vez con su carga de ironía frente a los fariseos), como el de Dt 25, 5-10, acerca de la ley del levirato.

O sea, si una mujer llega a ser esposa de varios hermanos, el día de la resurrección de los muertos ((ésta es la cuestión irónica por parte de los saduceos!), ¿cuál de esos hermanos será el esposo verdadero de aquélla?

El pasaje lucano se centra en la estancia de Jesús en Jerusalén, entre perícopas como la dedicada al tributo a Dios y al César (cf. Lc 20, 9-19), y las cuestiones sobre el hijo de David (cf. Lc 20, 41-44).

b. Texto

Un primer acercamiento parte de dos constataciones de sociología religiosa. La primera es que la ley del levirato a la que se refieren los saduceos no era la única praxis judía en el momento, ni mucho menos.

La segunda observación acerca de la realidad religiosa gira en torno a que esa costumbre de levirato, con todo, ha llegado hasta esa época de Jesús, a pesar de otras costumbres distintas (cf., p.ej., Lv 18, 16).

Es bueno recordar que toda la tradición veterotestamentaria evoca al Siervo sufriente, así como a los mártires judíos, caso de los macabeos, catalizadores de la fe en la resurrección de los muertos.

Jesús atiende a esta cuestión afirmando que hay resurrección, que ésta no consiste simplemente en revivir, o sea, volver de nuevo al mismo tipo de vida que antes, sino nacer a una vida nueva, distinta, obra creadora también del Padre.

Este aspecto de la resurrección diferencia la fe de la doctrina griega de la inmortalidad del alma, por ejemplo, con la que se ha confundido desgraciadamente durante demasiado tiempo, ¿no es verdad?

El poder de Dios asume en la resurrección a todo el ser humano, no es cuestión de reviviscencia de este cuerpo físico (a modo fisicista...), sino de renacimiento en Dios de la persona, en la corporalidad y en lo espiritual... en la capacidad de comunicación y de ser, en todo el ser..., como cuerpo espiritual, que dice Pablo (cf. 1Co 15, 44.51-53). En fin, no es momento de desarrollar la fe en la resurrección, sino de despertar el tema.

Es lo que hago, amigas y amigos, a raíz de este pasaje lucano. Esto lo hacemos, para rezar nuestra fe, la que cree en la resurrección del Señor primeramente, como signo eficaz de esperanza para la humanidad.

Y sin olvidar que resucita el Mártir de la Cruz, Jesús, el histórico, el que es presentado como Hijo de Dios en la Resurrección, que, por lo tanto, sabe de sufrimiento humano, puede hablar de esperanza, sin defraudar.

c. Para la vida

Pues, ¿qué significa acudir a la resurrección? Creer desde la fe cristiana, que se realiza en la historia donde empieza, para hacerse plena en la vida futura definitiva en Dios, más allá de la historia humana terrena.

Me gustaría rezar contigo a Dios Padre, en comunión con Cristo Glorioso, el Resucitado: así, esa oración me abriría a la esperanza en medio de este mundo tan racionalizado, contradictoriamente construido.

En un mundo, destruido cada día, del que alardeamos. Es ese mundo del que presumen los que no esperan nada, todo lo más, una tranquila y sosegada estancia aquí, hasta el final (¿qué final?!), civilizadamente.

Amigo y amiga, te invito a dar gracias a Dios, porque la esperanza de los que creemos en la resurrección del Señor como adelanto de la nuestra, no nos desentendemos de la tierra, ni mentimos a nadie, con falsas esperanzas.

Ojalá sea verdad que aportamos nuestro grano de arena a la mejora de un mundo hecho por Dios, que se transformará en plenitud de vida, resucitados con su Hijo, en una humanidad nueva, donde caben todos.

La verdad de esta fe es anuncio gozoso de salvación, y no falsedad lanzada a los que sufren en este mundo. La única mentira con los hermanos es la incoherencia entre la vida y la fe de los que nos llamamos cristianos.

Por eso te invito a rezar, amigo, para que seamos fieles a nuestra fe en la resurrección, con las menos incoherencias posible, ¿estás de acuerdo?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

antoniorojas.sdb@gmail.com